

Agenda ciudadana

Mexico, una coartada conveniente

Es obvio que en nuestra frontera con Estados Unidos hay problemas que se han acumulado a lo largo del tiempo; unos se han administrado mejor que otros y casi ninguno se ha resuelto, pero ni juntándolos dan material para declarar que hay ahí una “crisis humanitaria” que, a su vez, amenaza la seguridad nacional de Estados Unidos al punto que obligue a su presidente a declarar un “estado de emergencia”. El 60% de los norteamericanos simplemente no ven ninguna emergencia en la frontera. Sin embargo, el sinsentido de la situación adquiere sentido cuando se sabe que el 85% de los votantes republicanos aprueban la decisión de Trump y que éste busca la reelección en el 2020, (NPR/PBS NewsHour/Marist poll).

Insistir en que un gran muro fronterizo -la separación artificial de la América del Norte blanca de la morena- disminuirá la entrada de drogas prohibidas que se demandan en el mercado estadounidense, es irreal. Hasta ahora el grueso de las drogas que pasan al país del norte no lo hacen por las zonas donde se levantará el muro, sino por las garitas ya existentes. Por otra parte, el flujo de indocumentados ya no es lo que fue, ha disminuido, (Pew Reserch Center, 28/11/18). Lo que sí es claro, es que calificar a México como una fuente de males o problemas que Estados Unidos debe enfrentar desde la superioridad que le da la asimetría de poder, no es nuevo.

No hay nada sorprendente en la decisión de Trump de confeccionar una crisis con México para luego proponer una solución que le ayude a solidificar su base electoral. Un lejano antecedente se tiene en la guerra entre nuestro país y Estados Unidos (1846-1848). La tensión entonces entre los estados esclavistas y exportadores de algodón del sur norteamericano y los norteños, más ligados a su industrialización y demandantes de protección arancelaria, ya amenazaba con una gran crisis. En esas condiciones, el presidente James Polk supuso que crear un “enemigo externo” a modo podría ser una solución. Primero Polk se plantó frente a Inglaterra en el Oregón y luego retó a México por Texas. El choque con Inglaterra fue un juego arriesgado, pero se solucionó sin violencia a favor de Estados Unidos, lo que fue un incentivo más para luego emprender una guerra contra México insistiendo en que la frontera de Texas -recién anexada- debía ser el río Bravo y no el Nueces, como México suponía. De ahí que el primer choque armado entre los dos países se dio entre los dos ríos y Washington lo definió como “derramamiento de sangre norteamericana en suelo norteamericano”, es decir, como un casus belli. La maniobra funcionó, al menos por un tiempo, pues en 1861 la tensión interna en el país del norte llevó a una guerra civil que

se cobró más de 600 mil vidas.

Tras el estallido de la Gran Depresión de 1929, hubo una ola de rechazo a los mexicanos en los estados fronterizos de Estados Unidos porque, supuestamente, quitaban empleo a norteamericanos. El resultado fue la primera expulsión masiva y sin miramientos de mexicanos: alrededor de 350 mil. Y la expulsión incluyó a hijos de esos mexicanos nacidos ya en Estados Unidos, es decir, a ciudadanos norteamericanos, (Mercedes Carreras, Los mexicanos que devolvió la crisis, 1929-1932, México, SER, 1974). La II Guerra Mundial y la necesidad de mano de obra cambió las fichas en el tablero y los trabajadores mexicanos volvieron a ser aceptados en Estados Unidos, aunque con reservas.

Cuando ya avanzada la posguerra las ventajas económicas de Estados Unidos se fueron perdiendo y muchos de sus empleos industriales migraron a otros países, el tema de lo indeseable de los trabajadores mexicanos -especialmente de los indocumentados, que se empleaban por pagos muy bajos- volvió a emerger y con gran fuerza y también contra el recién firmado Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN). Y como el Partido Demócrata no puso atención a las quejas de esos trabajadores blancos que eran su clientela tradicional, estos empezaron a migrar hacia el Partido Republicano.

En los 1990, un empresario texano, Ross Perot, dio vida a un tercer partido que en las elecciones de 1992 y 1996, y desde la derecha, retó al bipartidismo tradicional. Lo significativo del reto fue que logró el 19% y el 8.4% de la votación. Uno de los puntos de ataque de Perot a los partidos tradicionales fue justamente el acuerdo que ambos habían aceptado con México: TLCAN. Perot acuñó entonces -1992- una frase que resonó bien con los que hoy son la base sólida de Trump: el TLCAN produciría un “gran sonido de succión”: el que causaban los empleos norteamericanos absorbidos por México y sus bajos salarios. En la lucha dentro del Partido Republicano, Patrick Buchanan, un conservador duro, comentarista y consejero político de tres presidentes republicanos, se presentó en 1992 y 1996 como la alternativa a las candidaturas de George Bush padre y de Bob Dole y en el 2000 se registró como candidato independiente. Uno de los puntos de su programa fue su oposición al TLCAN: “ningún trabajador norteamericano que gana 10 dólares por hora puede competir con uno mexicano que gana un dólar por hora”. Naturalmente, también propuso intensificar la cacería de trabajadores indocumentados.

Como se ve, presentar a México como un peligro para el trabajador manual norteamericano viene de tiempo

Tras el estallido de la Gran Depresión de 1929, hubo una ola de rechazo a los mexicanos en los estados fronterizos de Estados Unidos porque, supuestamente, quitaban empleo a norteamericanos. El resultado fue la primera expulsión masiva y sin miramientos de mexicanos: alrededor de 350 mil. Y la expulsión incluyó a hijos de esos mexicanos nacidos ya en Estados Unidos, es decir, a ciudadanos norteamericanos, (Mercedes Carreras, Los mexicanos que devolvió la crisis, 1929-1932, México, SER, 1974). La II Guerra Mundial y la necesidad de mano de obra cambió las fichas en el tablero y los trabajadores mexicanos volvieron a ser aceptados en Estados Unidos, aunque con reservas.

atrás. Trump sólo ha recogido una bandera que ya ha sido enarbolada, aunque ahora la ondea con más fuerza por la presencia de los migrantes provenientes de Centroamérica y el tráfico de drogas. Y sobre este último tema, resulta que el juicio de Joaquín Guzmán Loera en Brooklyn - “el mayor juicio por narcotráfico en la historia de EE UU”- le permite a Trump insistir en el problema de la drogadicción en Estados Unidos es básicamente la oferta mexicana y que el muro la neutralizará. En la demanda norteamericana no entra esa ecuación, pero no importa pues para cuando se pruebe falsa, la elección de 2020 ya habrá tenido lugar.

En fin, que la conveniencia política de presentar al vecino débil como el origen de problemas muy norteamericanos tiene historia. En dos o seis años Trump también será historia, pero la posibilidad de nuevos episodios es alta y debemos estar preparados para ello, en la medida en que se pueda.

www.lorenzomeyer.com.mx
agenda_ciudadana@hotmail.com

Jorge Zepeda Patterson

Luis Rubio

El reto: algo más que una oposición fifí

Todo poder necesita un contrapoder o de lo contrario se hace absoluto. A Dios hubo que inventarle Satanás, al Rey el Parlamento, a Bill Gates de Microsoft Apple de Steve Jobs, al Real Madrid el Barcelona. El triunfo arrollador de López Obrador, sus mayorías en las Cámaras y sus astronómicos niveles de aprobación entre las masas, requieren también de contrapesos que le ofrezcan retroalimentación y contención, le exijan mejorarse a sí mismo y le hagan corregir errores o excesos.

El problema es que no se observa ninguna entidad con los tamaños o los méritos para convertirse en rival capaz de subirse al ring o poner a prueba al soberano. Adversarios hay, desde luego, pero están muy disminuidos políticamente o muestran una moralidad abollada frente a la opinión pública.

Para empezar, los partidos políticos tradicionales se encuentran totalmente desdibujados. Como fuerza electoral son punto menos que miembros en el sentido de que Morena arrasaría en cualquier elección que se celebre en este momento y lo veremos muy pronto en el caso de Puebla. Desde luego esos partidos poseen todavía la mayoría de las entidades federativas, pero la real politik obliga a los gobernadores a negociar unilateralmente con el presidente y al margen de su partido debido a la vulnerabilidad presupuestal, a la necesidad de seguridad pública federal y al hecho de que muchos de ellos bregan con congresos locales en manos de Morena.

En términos de prestigio o calidad moral, la posibilidad de que PRI, PAN, PRD o PVEM lancen reivindicaciones exitosas en nombre del interés público es aún más raquítica. El rechazo del PAN a la presencia de los militares o la exigencia de más transparencia por parte del PRI es más un chiste irónico que un acto político. Toda crítica que enarbolan termina poniendo sobre la mesa lo que hicieron o dejaron de hacer cuando estuvieron en el poder e invariablemente la comparación les deja mal parados.

Por razones similares muchos de los organismos autónomos carecen también del suficiente crédito moral. Algunos porque fueron penetrados ostensiblemente por intereses del sector que en teoría deberían regular, otros porque sus miembros se rodearon de groseros privilegios económicos y canonjías, algunos más simplemente porque fueron demasiado tibios frente a los terribles excesos de corrupción y abuso de la administración anterior.

Esta última crítica se hace hoy a diversos organismos de la sociedad civil, a columnistas que flagelan al presidente, y a intelectuales que si bien hicieron cuestionamientos a las irregularidades de la gestión de Peña Nieto y a las incapacidades de Calderón y Fox, terminaron conviviendo y, en ocasiones, beneficiándose de sus relaciones con el poder. En todo caso, estuvieron lejos de mostrar el radicalismo que hoy exhiben frente a la andanada de cambios que propone la 4T.

Este fin de semana se anunció la formación de un grupo opositor de procedencia va-

Desde luego eso no desvirtúa su derecho para plantear como grupo propuestas alternativas, matices a los proyectos del régimen y cuestionamientos a sus políticas públicas.

riopinta: incluye a políticos (Javier Corral y Miguel Alfaro, gobernadores de Chihuahua y Jalisco respectivamente, Cecilia Soto, Salomón Chertorivski, Jorge Castañeda, Emilio Álvarez Icaza, Agustín Basave, Luis Colosio Rojas), a empresarios (Gustavo de Hoyos y José Luis “Chacho Barraza), a escritores (Luis Villoro y Héctor Aguilar Camín). Prácticamente todos ellos han sido opositores de López Obrador sea porque participan o han participado en partidos rivales (la mayoría) o porque han sido críticos sistemáticos del tabasqueño a lo largo de su carrera.

Desde luego eso no desvirtúa su derecho para plantear como grupo propuestas alternativas, matices a los proyectos del régimen y cuestionamientos a sus políticas públicas. Por el contrario, no sólo son pertinentes, sino indispensables.

Sólo habría que transparentar las agendas. Unos porque oficialmente están comprometidos con la defensa de intereses puntuales (por ejemplo, Gustavo de Hoyos presidente de la Coparmex, o los dos gobernadores), otros porque han mostrado que su prioridad ha sido el ascenso de sus propias carreras políticas en sus saltos partidistas, unos más porque profesan explícitamente banderas opuestas a las que sostiene Andrés Manuel López Obrador. Desde luego tampoco eso desvirtúa su derecho a manifestarse, sobre todo si son capaces de encontrar posiciones comunes, útiles y favorables al interés general.

Lo que es importante destacar es que se trata de jugadores políticos inmersos ellos también en la disputa por el poder. Eso no los descalifica ni anula por sí mismo el valor de las propuestas que estén en condiciones de producir. Pero, si bien no hay que descalificarlos, tampoco debemos asumirlos como representantes de la sociedad, una tentación que suele asaltar a las asociaciones que se definen como no partidistas. No son la reserva moral de México o el alter ego de la comunidad. Y pese a una composición relativamente plural, salvo el caso de Juan Villoro, no veo algo que pudiera estar vinculado a las posiciones de la izquierda o a los intereses del México profundo y mayoritario que Morena pretende representar.

Si Andrés Manuel López Obrador asume que habla en nombre del pueblo lo último que interesa es que la alternativa sea un puñado de actores políticos que creen hablar en nombre de la sociedad civil. Asumido así, bienvenida la multiplicación de voces, siempre y cuando cada una de ellas entienda que expresa puntos de vista parciales de una realidad que necesariamente es compleja y diversa.

@jorgezpedap

Contrapuestos

Los números no mienten, pero cuentan dos historias muy distintas. Por un lado, el presidente goza de un nivel de aprobación sin precedente; un indicador paralelo, el de la confianza del consumidor, alcanza cifras no vistas en casi dos décadas. Lo paradójico es que estas cifras no guardan relación con el consumo, que disminuye tanto en automóviles como en las ventas en general. El entusiasmo que manifiesta la ciudadanía no es producto de una mejoría en su situación personal, sino en su percepción del presidente y en las expectativas que éste ha generado. Por otro lado, el índice de confianza empresarial, del INEGI, entró en terreno negativo en enero, en tanto que 75% de los inversionistas considera que el país está en condiciones peores que hace un año. La gran pregunta es si estos dos grupos de personas viven en el mismo país.

Cada quien tendrá su explicación para el fenómeno de percepciones encontradas, pero no me cabe ni la menor duda que el factor nodal se encuentra en el liderazgo que ejerce el presidente, mismo que ha adquirido dimensiones casi míticas en ciertos segmentos de la sociedad. La combinación de un anhelo de liderazgo con una esperanza de que se resuelvan problemas cotidianos y ancestrales resultó ser una combinación excepcional que ha sabido aprovechar de manera brillante el presidente. Quizá la clave que separa a las dos cohortes -los que están llenos de esperanza y los que ven el futuro con preocupación, si no es que temor- es la vinculación casi religiosa que existe entre una parte del primer grupo con el presidente frente al intento que realiza el segundo grupo para explicarse, de manera racional y analítica, algo cuya característica central es precisamente la de no estar fundamentado en consideraciones racionales.

En el corazón del desencuentro entre la prosperidad que se experimentó en las pasadas tres décadas y la desazón que llevó al resultado electoral se encuentra la incapacidad e indisposición de todos los gobiernos de ese periodo por explicar y convencer a la población de la complejidad inherente al mundo de las economías integradas, el cambio tecnológico, la digitalización y, en general, la clave en que se convirtió la productividad -y la educación- como factor de avance. Frente a esa ausencia, el presidente actual ha pretendido desacreditar toda esa etapa con el mote de “corrupta”, obviando la necesidad de plantear un programa alternativo que sea viable y susceptible de lograr altas tasas de crecimiento.

Llegará algún momento en que el descrédito del pasado resulte insuficiente para preservar la legitimidad del gobierno, pero nadie puede negar la astucia y excelencia del manejo político y mediático que AMLO ha interpuesto y lo fácil que le ha sido precisamente por el vacío de legitimidad que existió en las décadas pasadas, especialmente desde la

devaluación de 1994 y la crisis que siguió. De hecho, lo impactante es que no tuvo, ni está teniendo, competencia alguna en la narrativa que, desde el 2000, ha venido enarbolando. Esto se acentuó luego de Ayotzinapa, cuando el hoy presidente tomó control de la narrativa y nunca enfrentó respuesta o resistencia alguna por parte del entonces presidente o su gobierno.

Las dos historias que caracterizan al país en la actualidad se contraponen, pero inexorablemente se retroalimentan: ambas acaban dependiendo del progreso del país. Las expectativas pueden ser manipuladas por un buen rato, encontrando nuevos chivos expiatorios cada vez que se atora el carro, pero lo que cuenta, al final del día, es una mejoría sensible en los niveles de vida. Paliativos como los subsidios que el nuevo gobierno está dispersando a diestra y siniestra atenuan la urgencia de entregar resultados, pero, en el largo plazo, no lo resuelven, simplemente porque no hay dinero que alcance para eso. Con todo, como demostró Fidel Castro, en presencia de enemigos plausibles es posible lograr un empobrecimiento sistemático de todo un país por muchas décadas.

Por su parte, la economía no puede prosperar sin inversión y para eso se requiere la disposición de las empresas y de nuevos inversionistas. En contraste con la era y geografía de Fidel Castro, la mexicana es una economía abierta y el país se caracteriza por una enorme frontera con el mayor mercado del mundo. La receta de la polarización tiene límites reales.

La inversión depende de factores muy claros, como son el mercado, las oportunidades, el contraste entre el dinamismo de México frente a otras economías y cómo se comporta la demanda estadounidense, pues, a través de las exportaciones, es nuestro principal motor de crecimiento. Sin duda, nuevos proyectos de infraestructura ayudan, pero no son suficientes.

Sin embargo, al final del día, lo más importante para la inversión es la confianza que genera el gobierno hacia los empresarios nacionales y extranjeros y ésta depende, casi en su totalidad, de que haya reglas del juego predecibles y estables. Esto último es precisamente lo que el presidente quiere alterar: quiere imponer nuevas reglas del juego y sujetarlas a cambios cuando así lo determinen sus consideraciones políticas. En este escenario, la inversión no se materializará. Tarde o temprano, este factor chocará con el apoyo masivo con que hoy cuenta el presidente.

ÁTICO

El contraste entre las percepciones de los ciudadanos y la de los empresarios difícilmente podría ser más grande, pero todo depende de que la economía prospere, algo que no está siendo avanzado.

@lrubiof